"últimos eslabones de su naturaleza inferior". Antes de solicitarla concluye la obra que defendería "los intereses del pueblo desventurado" y vierte la última comunicación en el cuaderno. El espíritu le confirma una vez más el buen "desenlace del gran drama que se dará en el territorio nacional el año de 1910"; pero, al calce, José comete el error de firmar con un nombre distinto: Fco. I. Madero.

Luego de dar a las prensas su obra, Francisco se refugia absolutamente solo por cuarenta días y noches en el desierto contiguo a su rancho de "Australia". Al despuntar el año nuevo escribe a su padre una carta que expone los motivos para publicar el libro a más tardar el 25 de ese mes. Sus argumentos de fondo no son políticos:

> Entre los espíritus que pueblan el espacio existe una porción que se preocupa grandemente por la evolución de la humanidad, por su progreso, y cada vez se prepara algún acontecimiento de importancia en cualquier parte del globo, encarna gran número de ellos, a fin de llevarlo adelante, a fin de salvar a tal o cual pueblo del yugo de la tiranía, del fanatismo, y darle la libertad, que es el medio más poderoso de que los pueblos progresen.

El era uno de esos espíritus. "He sido elegido por la Providencia —explicaba a su padre—, no me arredra la pobreza ni la prisión, ni la muerte".

> Creo que sirviendo a mi Patria en las actuales condiciones cumplo con un deber sagrado, obro de acuerdo con el plan divino que quiere la rápida evolución de todos los seres y, siendo guiado por un móvil tan elevado, no vacilo en exponer mi tranquilidad, mi fortuna, mi libertad y mi vida. Para mí, que creo firmemente en la inmortalidad del alma, la muerte no existe; para mí, que tengo gustos tan sencillos, la fortuna no me hace falta; para mí, que he llegado a identificar mi vida con una causa noble y elevada, no existe otra tranquilidad que la de la conciencia y sólo la obtengo cumpliendo con mi deber.

Don Francisco vacila, pero el hijo insiste: la obra ya estaba escrita. El había sido "elegido por la Providencia" para escribirla. A riesgo de "pagar con su vida por el fracaso", necesitaba el permiso que días después, por telegrama, finalmente obtuvo. El 23 de enero agradece al padre con estas palabras:

> Ahora sí ya no tengo la menor duda de que la Providencia guía mis pasos y me proteje visiblemente, pues en el hecho de haber recibido su bendición, veo su mano, en la circunstancia de haberlo presentido tan claramente distingo su influencia, percibo su modo de guiarme, de dirigirme y de alertarme pues si el laconismo forzoso del telegrama sólo me trajo su resolución definitiva, la visión que tuve anoche, me reveló que esa resolución era sin violencia, obedeciendo a sus más nobles sentimientos y aunque hacían un sacrificio sublime, se quedaban llenos de confianza en el porvenir, aceptaban con noble serenidad las consecuencias de la nueva vida de actividad y de lucha que se inicia.

Al arribar al estrado de la política nacional, Francisco I. Madero no profería un manifiesto, una proclama o un grito. Hacía algo más convincente e insólito: publicaba el producto de aquellas sesiones fervorosas: *La sucesión presidencial en 1910.*•

La vida (a)leve

WALTER Y GERSHOM, PREHISPANISTAS

Benjamin estuvo en Munich hasta cerca del 20 de diciembre de 1916. Allí, en el curso de verano dirigido por el americanista Walter Lehman, había iniciado ya sus estudios de la cultura mexicana y la religión de los mayas y los aztecas —estudios estrechamente relacionados con su interés en la mitología. En esas conferencias, que eran escuchadas por poca gente y casi ningún estudiante universitario regular, Benjamin se familiarizó con la figura memorable del fraile español Bernardino de Sahagún, a quien mucho le debemos de la conservación de las tradiciones maya y azteca. (...) Algún tiempo después, en Berlín, vi el gran diccionario azteca-español de Molino sobre el escritorio de Benjamin; lo había comprado para aprender la lengua azteca, pero nunca llevó adelante su proyecto. Al recordar las anotaciones de Benjamin sobre el ambiente de las conferencias, me decidí a escuchar el curso de Lehman cuando fui a Munich en 1919. Bajo su guía leí los himnos religiosos aztecas, y todavía puedo recitar muchos en su lengua original.

De *Walter Benjamin: The Story of a Friendship*,
de Gershom Scholem.

Traducción de Aurelio Aisian